





*Título de la obra:*  
*Montañas Rocosas*  
*USA*

*Autor:*  
*Jorge Atehortúa Posada*

*Año:*  
*2016*



JOSÉ LUIS  
CAÑAS FERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid  
jlc@filos.ucm.es

REHUMANIZAR  
UNA VISIÓN ÉTICA PERSONALISTA  
AL HILO DE LA PANDEMIA ACTUAL

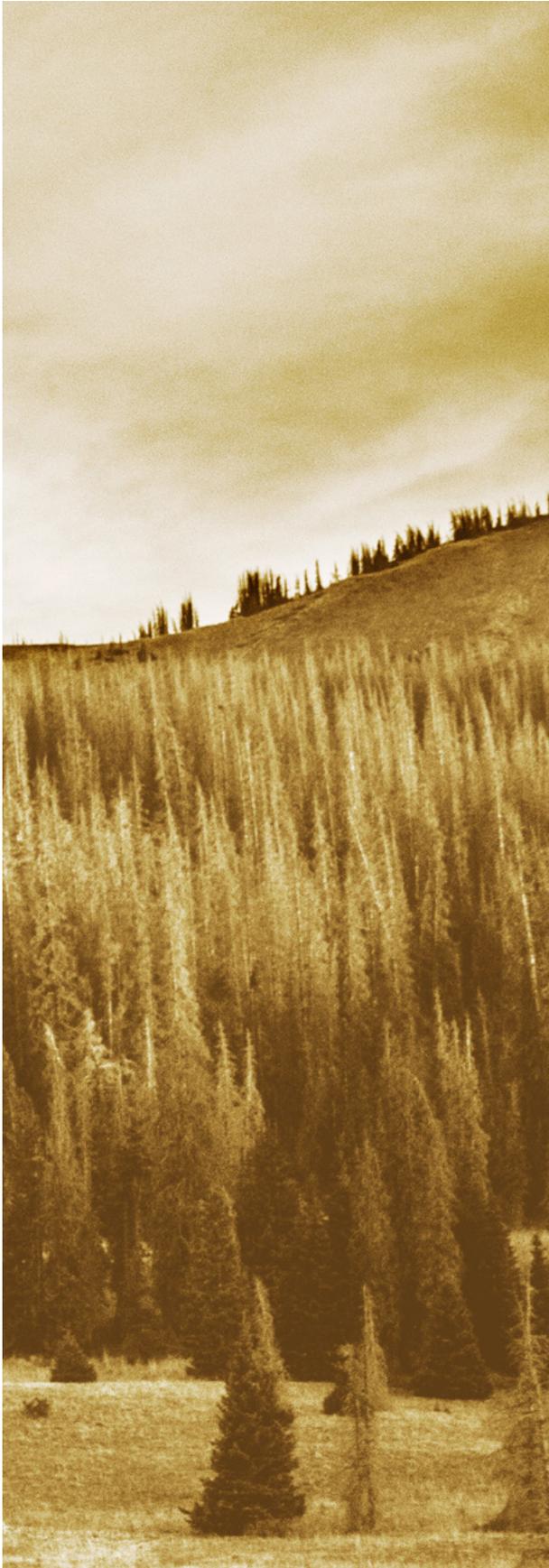


# Resumen

**L**as reflexiones que propongo en el presente artículo pretenden ser una visión ética personalista sobre lo que nos está pasando en la presente pandemia, con la intención de aportar un poco de luz en orden a rehumanizar esta humanidad caída y, en definitiva, ayudar a transfigurar esta vieja sociedad nuestra por otra más humana y más hermana. Al fin y al cabo, como muy bien reza el título de uno de los últimos libros del profesor personalista español Alfonso López Quintás, “la ética o es transfiguración o no es nada” (2014).

**Palabras clave:**

Persona, rehumanización, personalismo, ética.



Lo primero sería reparar en que la humanidad actual es más vulnerable de lo que pensábamos. Dicho de otro modo, las personas somos más frágiles de lo que nos reconocemos. Pareciera que ahora, ante esta crisis que le toca vivir a la humanidad, descubrimos lo que descubrió hace casi cuatro siglos Blaise Pascal cuando decía que al hombre “no hace falta que el universo entero se arme para aplastarlo, bastan un vapor o una gota de agua para matarlo” (*Pensées* V, 347). Ciertamente la ciencia y la técnica modernas nos alcanzaron unos conocimientos insospechados en épocas anteriores de la humanidad, de una eficacia extraordinaria en orden al bienestar de las personas y los pueblos, pero ante la realidad de un simple virus-corona, de golpe, experimentamos la precariedad de nuestras ciencias y nuestras técnicas para “salvarnos”.

En aquel famoso aforismo n° 347 de los *Pensamientos*, que comienza así: “el hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero es una caña pensante”, el genial filósofo y matemático francés concluía que, aunque el universo nos aplastara, el universo no sabría nada de eso, y si los seres humanos podemos levantarnos es porque tenemos una dignidad que consiste justamente en nuestra capacidad para pensar. Y es tan importante que según Pascal pensar bien equivaldría a vivir bien: “trabajemos, pues, en pensar bien: he aquí el principio de la moral” (*Ibid.*). Trabajar juntos para superar esta crisis mediante el cuidado solidario unos de otros, por ejemplo, eso sería hoy pensar bien. Porque pensar en el cuidado de los demás en un sentido ético global posiblemente sea también ahora el sencillo principio ético universal que una vez más nos salvará.

Así pues, lo primero que necesitamos es reconocer nuestra debilidad y, a partir de ahí, poder reconstruir nuestro viejo mundo. Si miramos a la Edad Contemporánea es fácil ver que la humanidad de los dos últimos siglos ha vivido en un estado de crisis casi permanente, es decir, de “deshumanización colectiva”, aunque no siempre lo reconoció. Al hombre ilustrado de finales del siglo XVIII le parecía que con las solas luces de su razón resolvería todos los problemas de la humanidad, pero no fue así. A finales del siglo XIX la humanidad vivió instalada en el progreso, pero el mito del “eterno progreso” hizo quiebra en las trincheras de la Primera Guerra Mundial (recordemos algunos datos: entre las dos GM se contabilizaron más de 60 millones de muertos, en su mayoría personas jóvenes), exponente paradigmático de esa deshumanización colectiva o global. Y a finales del siglo pasado nuestras generaciones actuales vivimos otra gran deshumanización, la “deshumanización individual” de las adicciones, una mentalidad cada vez más extendida socialmente y a escala global.

Es cierto que el siglo XX nos dejó grandes logros, como la educación generalizada y la sanidad universal en mayor o menor medida extendidas a todos los países del mundo, pero también es cierto que nos dejó preocupantes problemas de

deshumanización, como la hambruna todavía sin resolver, o la escalada armamentística, o un desarrollo egoísta que ha causado auténticos estragos medioambientales.

Diríamos entonces que la humanidad avanza lenta en una especie de ascenso y descenso, de *corsi e recorsi* que diría G. Vico, pero avanza.

Y en este avanzar no encuentro un modelo explicativo mejor que acudir a la dinámica esperanzadora del ideal de la unidad, como vemos en todas las utopías de la historia. Platón, T. Moro, F. Bacon, T. Campanella, o el mismo E. Bloch... fueron unos grandes utópicos que plantearon ideales esperanzadores para la humanidad basados en la unión de las voluntades, si bien es cierto que no pudieron imaginar una utopía en un mundo global como el nuestro.

Y así llegamos hasta el presente, con el estallido de una pandemia que ha puesto a toda la humanidad ante la mayor crisis de nuestra historia reciente. Pero, como decía Albert Einstein, de las crisis nacen la inventiva y los descubrimientos y las grandes estrategias, de suerte que la única crisis amenazadora de verdad para la humanidad sería la de no querer luchar para superarla.

A todas las generaciones de hombres y mujeres en la historia les tocó vivir situaciones críticas,

“  
...con el  
estallido  
de una  
pandemia  
que ha puesto  
a toda la  
humanidad  
ante la mayor  
crisis  
de nuestra  
historia  
reciente.”

cuando menos parecidas o similares a la nuestra actual, y sin duda las salvaron con la puesta en marcha de acciones solidarias y de unidad. De modo que ahora a las generaciones actuales también nos toca poner en marcha eso que se viene llamando ya una “globalización de la solidaridad” y el cuidado mutuo. En todo caso, frente a la vieja ideología del egoísmo, la nueva utopía que deseamos para nuestro mundo pasa por la concreción de vivir el ideal de la unidad y la solidaridad, o, mejor, el cuidado mutuo unos de otros. Y a esta utopía, en suma, la podemos llamar *rehumanización*.

El concepto de rehumanización, a pesar de no haber sido desarrollado como tal, es un concepto que tendría una larga trayectoria en la historia de la humanidad. Concretamente yo lo encontré en la logoterapia de V. Frankl, y de manera difusa también lo podemos rastrear en la filosofía dialógica y personalista del siglo XX, en autores como F. Ebner, M. Buber, E. Lévinas, E. Mounier, G. Marcel, etc. En el siglo XIX lo veo en el descubrimiento de la “relacionalidad”

y la comunicación por parte de S. Kierkegaard. También antes de Kierkegaard lo podemos emparentar con el concepto de “resurgimiento” aplicado a la Historia por G. Vico; y antes de Vico en las “razones del corazón” de B. Pascal. Si nos vamos al Renacimiento y al Humanismo podemos intuirlo en Erasmo, en Tomás Moro, incluso en la utópica *Divina Comedia* de Dante Alighieri. En plena Edad Media en el monje Ricardo de S. Víctor y su concepto de “relación personal”; y al final de la Edad Antigua en San Agustín y su *Ciudad de Dios*; y así remontamos hasta los umbrales de la Filosofía en Grecia, Platón y Sócrates principalmente, y desde ellos al “conócete a ti mismo” de los siete sabios.

De modo que, apoyado en los hombros de estos gigantes, mi propuesta utópica sería transfigurar las Ciencias Humanas tradicionales en unas nuevas Ciencias rehumanizadoras o, dicho de otro modo, revisar las ciencias tradicionales y adaptarlas a los tiempos actuales. Desde un tiempo a esta parte yo las he dado en llamar *Ciencias de la persona* (Cañas, 2013).



## Persona y rehumanización

Hace ahora un siglo el genio de Edmund Husserl, posiblemente el filósofo más influyente del siglo XX, en su obra de madurez *La crisis de las ciencias europeas*, escrita en pleno periodo de entreguerras, llevó a cabo una profunda revisión de su método fenomenológico mediante el concepto de “mundo de vida” (*Lebenswelt*), entendiendo por mundo de vida la totalidad de experiencias del ser humano. Husserl se dio cuenta de que el mundo matemático –y él fue un gran matemático–, es un mundo de “objetos abstractos” que se nos presentan como el único mundo científico u objetivo, pero como ese mundo objetivo no tiene relación con el mundo de vida subjetivo, es decir con las personas singulares de carne y hueso, entonces las ciencias pierden su significado y nos conducen a la crisis de sentido de las cosas. De modo que la solución a la crisis de las ciencias sólo la podía proporcionar un método y unas ciencias que muestren cómo nuestro mundo de vida es construido a partir de la actividad de esa subjetividad que Husserl llamó “trascendental”.

Si ahora somos capaces de ver unidas la objetividad y la subjetividad en las Ciencias de la persona, pienso que esta breve aproximación al método fenomenológico husserliano será muy útil para explicar tanto los fenómenos de deshumanización como los de rehumanización de las personas. Porque, ciertamente, estos dos caminos o vectores opuestos –deshumanizar vs. rehumanizar– dirigen el curso de la vida de las personas concretas y, por tanto, el de la historia de la humanidad.



En la primera mitad del siglo pasado las Ciencias derrotaron, bien por el *individualismo* o bien por el *colectivismo*, dos ideologías muy influyentes fundadas en antropologías positivistas. Aquellas Ciencias, aparte de los filósofos y hombres de ciencia, también fueron divulgadas a través de influyentes obras literarias –novela filosófica y teatro de ideas, principalmente–, del ‘realismo mágico’, por ejemplo, o de la ‘filosofía del absurdo’, que no es absurda porque sus páginas ilustran muy bien la lógica interna de la falta de humanismo de las personas; obras todas ellas escritas por autores famosos como Kafka (*Die Verwandlung*, 1915), Sartre (*La nausée*, 1938), Borges (*Ficciones*, 1941), Camus (*L'étranger*, 1942), Ionesco (*La cantatrice chauve*, 1950), Beckett (*En attendant Godot*, 1952), Cortázar (*Final de juego*, 1956), etc.

Pero Edmund Husserl se anticipó a denunciar estos reduccionismos antropológicos. Para el pensador de Moravia, en efecto, la crisis de la conciencia europea de su época (y Europa era entendida entonces no sólo como una realidad geográfica sino también ‘espiritual’ que incluía los Estados Unidos, etc.) era debida a la crisis de las ciencias positivistas. De modo que en su célebre conferencia “La crisis de la humanidad europea y la filosofía”, del año 1935, el creador de la fenomenología expuso agudamente la deshumanización provocada por las ciencias que se desviaron respecto de las cuestiones decisivas para el auténtico progreso de la humanidad, alertándonos de que unas “meras ciencias de hechos hacen meros hombres

de hechos, [pues] excluye[n] por principio [...] las cuestiones relativas al sentido o sinsentido de esta entera existencia humana” (1991, 6).

Karl Jaspers también concluirá, en su *Origen y meta de la historia*, es decir pasada la Segunda Guerra Mundial, que las ciencias y las técnicas de su momento eran insuficientes para dar explicación cabal de la existencia humana, y que por sí solas serían incapaces de alcanzar el ideal de la unidad del conocimiento. A esa época suya Jaspers la llamó “época técnico-científica”, caracterizada por unas ciencias y unas técnicas positivistas incapaces de encontrar formas adecuadas de vida humana a diferencia de las ciencias griegas antiguas, y predijo el riesgo que corría la humanidad de esta manera profética: “La pregunta por lo que puede ser del hombre a causa de la técnica es de tal magnitud, que hoy la técnica es tal vez el tema capital para comprender nuestra situación” (1980, 135).

Aquellos mismos científicos ya advirtieron el poder de la técnica para destruir a las personas, no para salvarlas. Pienso en Otto Hahn –nobel de química, descubridor de la desintegración nuclear del átomo de uranio–, o en Werner Heisenberg –nobel de física, descubridor del principio de indeterminación–, hombres que padecieron en sus propias carnes los campos de concentración, quienes advirtieron severamente a la humanidad los peligros del mal uso de sus descubrimientos científicos. Y otros pensadores identificaron el “afán de abstracción” de muchos intelectuales de su época



como la causa directa de las guerras y la violencia colectiva (*l'esprit d'abstraction, facteur de guerre*), refiriéndose a las filosofías despersonalizadas y a las ciencias deshumanizadas que produjeron “el aplastamiento sistemático de millones de seres, reducidos a una impotencia total”, cuando en realidad “a ellos, a los más débiles, deben dirigirse las reflexiones del auténtico filósofo” (Gabriel Marcel: 1951, 120).

Recordemos que las dos Guerras Mundiales –sesenta millones de muertos, en su mayoría jóvenes– pusieron en evidencia el drama de una deshumanización colectiva sin precedente en la historia. Ciertamente aquellas filosofías y aquellas ciencias habían conducido a muchos hombres y mujeres a un estado de pesimismo y desesperanza existenciales sin precedentes, algo que de alguna manera se veía venir desde los comienzos de la Edad Contemporánea a principios del siglo XIX, y que resultó ser el subsuelo de la deshumanización. Todo lo contrario de la rehumanización o globalización humanista que deseamos para nuestro mundo de hoy, algo que entroncaría con la vía griega de la *perfección* o con la *esperanza* bíblica, como ideales vividos en “presente de futuro” –que diría san Agustín–, lo cual posibilita permanecer no en una búsqueda de la paz teórica que nunca acaba de llegar, sino en un estado existencial práctico de búsqueda de la paz.

Afortunadamente, por entonces también surgieron la utopía y la esperanza en la humanidad, es decir, la rehumanización. En aquella Europa inhumana y despersonalizada surgió el pensamiento

existencial de Marcel, el personalismo de Mounier, el pensamiento dialógico de Buber, el humanismo cristiano de Maritain, la ética de Lévinas, la psicología comprensiva de Frankl, y, en fin, el pensamiento relacional de tantos intelectuales y científicos humanistas que pusieron en el centro de sus especulaciones —expresa o tácitamente— a *la persona* singular y concreta, y el sentido de su vida, no sólo como ideales de la Filosofía y de las Ciencias auténticas sino también como respuestas realistas para superar un mundo tan deshumanizado como el suyo.

La rehumanización entonces no sería un progreso ininterrumpido ciego, ni un cíclico y fatalista eterno retorno de lo idéntico —como la historia para Nietzsche—, sino el caminar realista y acompasado de los altibajos propios de unos seres únicos y libres que se dirigen hacia una plenitud o final feliz de su vida personal, es decir, ese camino largamente deseado y esperado por la humanidad. Un caminar que es utópico y es realista a la vez porque está fundado en el optimismo antropológico que pone a la persona en el centro de su ciencia y, desde ella, concibe que en toda situación humana, por muy desestructurada que parezca, siempre hay esperanza: tanto en la violencia colectiva como en la esclavitud individual de uno mismo.

Esta visión del mundo se aleja de interpretaciones deterministas y fatalistas, en la medida en que reducen al ser humano a un mero juego de fuerzas impersonales. A lo largo de mi vida he podido conocer a muchas personas reales y concretas, y muchas veces, que incluso en las circunstancias más adversas, tenían en sus manos un margen de iniciativa suficiente como para invertir el curso de los acontecimientos y convertir la desesperación en esperanza, el

odio en amor, la incomunicación (levantar muros) en comunicación (derribarlos), la fealdad en belleza, y la esclavitud en libertad.

La utopía de la rehumanización, en efecto, es una fuerza que se encarna en las personas concretas, y cuando pienso en las conductas deshumanizantes ante todo me pregunto por la persona que las padece. A mi modo de ver, la persona nunca puede dejar de ser persona, porque no puede elegir ser no-persona. Ello equivaldría a dejar de existir. Elegir ser un animal sólo sería una metáfora literaria, como pretendía Gregorio Samsa, el protagonista de *La Metamorfosis*, recordemos. O, peor aún, elegir la vida de un ser vegetal, como deseaba el emperador romano Calígula al final de sus días: “¡La soledad! [...] Los seres a quienes uno ha matado están con nosotros [...] ¡Si al menos en lugar de esta soledad envenenada de presencias que es la mía pudiera gustar la verdadera, el silencio y el temblor de un árbol!” (Albert Camus: 1957, 90). Pero Samsa o Calígula eran personas humanas singulares, quisieran o no serlo. Lo que Franz Kafka o Albert Camus estaban poniendo de manifiesto a través de estos personajes literarios es, en definitiva, que los seres humanos podemos vivir “despersonalizados” o deshumanizados, cuando deberíamos vivir como seres personales, es decir, en el nivel de la rehumanización propio de las personas.

Todo esto me lleva actualmente a un “personalismo ético rehumanizador”, una filosofía de vida que aspira a contribuir siquiera mínima o modestamente a la necesaria transformación de nuestra sociedad, pues cualquier filosofía, si renuncia a intervenir activamente en el perfeccionamiento de la conducta humana, deja de ser filosofía. En el siguiente apartado me detengo brevemente en los principales lineamientos de lo que entiendo hoy por “personalismo rehumanizador”.

## Personalismo rehumanizador

En primer lugar, es de justicia nombrar a un buen elenco de filósofos personalistas españoles actuales, quienes estaríamos de acuerdo en que nuestro mundo necesita una rehumanización, lógicamente cada uno desde nuestro singular punto de vista. Alfonso L. Quintás, mi admirado maestro en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, a quien en otro sitio llamé “fenomenólogo personalista” (2008), y su reciente libro *La mirada profunda y el silencio de Dios*; Carlos Díaz, en otro tiempo compañero de ‘batallas personalistas’ en la misma Facultad, y sus incontables obras sobre el *personalismo comunitario*; Juan Manuel Burgos, colega de la Universidad Francisco de Vitoria, con quien hace algunos años fundé la Asociación Española de Personalismo y la Asociación Iberoamericana de Personalismo, y su importante obra metodológica *La experiencia integral*; o Xosé Manuel Domínguez, mi amigo y filósofo personalista gallego, y su reciente libro *El arte de acompañar*; etc... creo que todos confluyamos en la necesidad que hoy tenemos de unas Ciencias que apunten al mundo de vida personal, el único mundo humano real y, por tanto, el único camino válido para la Filosofía y la Ciencia venideras. A ese camino yo lo he llamado ‘personalismo rehumanizador’, o lo que es lo mismo, una nueva filosofía utópica de vida.

Lo propio de esta filosofía de vida sería una visión del mundo y de las personas idealista y realista a la vez, quijotesca si se quiere. Una “utopía vital quijotesca”, en palabras del prestigioso profesor de literatura española, Fernando Carratalá (2016), que busca armonizar el ideal en lo real y lo real en el ideal, lo cual tiene mucho que ver con nuestra capacidad poética y estética como seres libres y responsables.

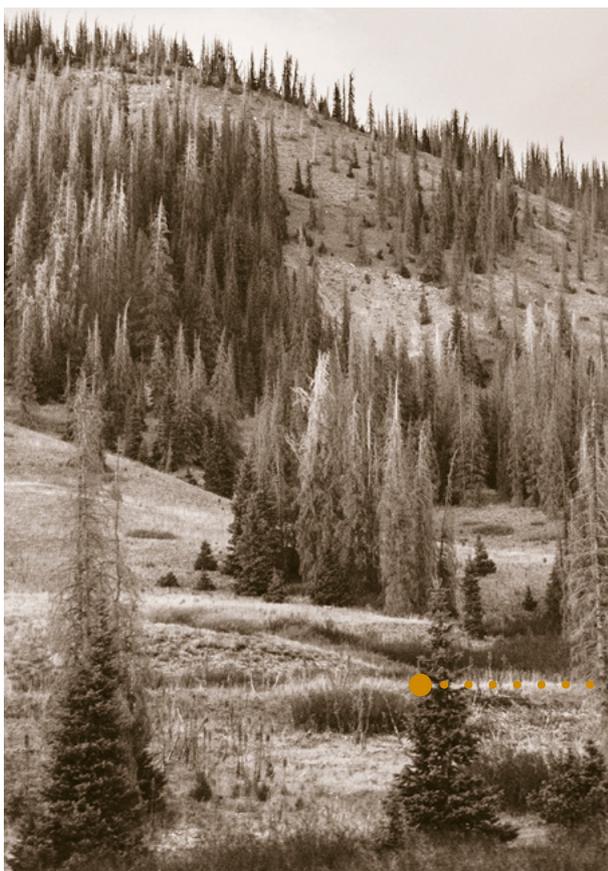


Una utopía que es personalista porque siempre prioriza a la *persona* (histórica, temporal y espacial) frente a su *objeto* o problema (se llame guerra, adicciones, o virus-corona). De modo que seríamos hombres y mujeres personalistas cuando educamos, o cuando curamos, o cuando aplicamos técnicas o psicoterapias, o administramos fármacos, de forma rehumanizada y rehumanizadora.

Bien lo corroboran las personas que ingresan en una “Comunidad Terapéutica Rehumanizadora”, como vengo llamando a este espacio sanador y educativo desde hace varias décadas (1996, 2004, 2014, 2015, 2018, etc.), lugares que no son sino “comunidades hermanas” de gentes que se cuidan a sí mismas cuidando de verdad a los demás. Personas que experimentan de verdad que su vida no es “una historia contada por un idiota” como diría el Macbeth de Shakespeare, ni un “permanente conflicto sexual” según Freud, ni “una pasión inútil” como escribió Sartre, ni “un instrumento programado” según Skinner... sino la vida de seres capaces de llevar a cabo acciones generosas y humanitarias en su vida. De ahí que este modelo ético sea especialmente útil en circunstancias difíciles como las que nos está tocando vivir en la actualidad.

Si toda acción deshumanizadora pertenece al estado de vida existencial que V. Frankl llamaba “estado subhumano”, la acción rehumanizadora se dirige a ayudar a cambiar los pensamientos y los comportamientos de la persona hacia el encuentro consigo misma y con los demás; en una palabra, al descubrimiento del ideal de la unidad. Y en la medida en que lo hagamos realidad veremos que la vivencia del amor, el bien, la justicia, la verdad, la belleza, etc., coinciden plenamente con la experiencia existencial de las personas rehumanizadas.

Mi propuesta ética, en suma, pasa por una rehumanización de la sociedad a gran escala, basada en unas Ciencias de la persona y para las personas, es decir, unas Ciencias que apliquen sus descubrimientos de forma personalista y rehumanizadora.



En fin, desde de la situación de pandemia que nos azota a la humanidad hoy concluyo estas tres cosas:

- Que las metodologías de las Ciencias Humanas, las Ciencias de la Salud y las Ciencias Tecnológicas tradicionales son insuficientes, a menos que se conviertan en Ciencias de la persona.
- Que el principal reto de los gobiernos responsables sería llevar a cabo la rehumanización que necesita el nuevo mundo globalizado que estamos viendo surgir de inmediato, mediante la creación de las condiciones materiales y espirituales en las que en adelante ninguna persona se sienta excluida o marginada, ni se ignore su dignidad.
- Que un mundo mejor es posible porque es posible una persona nueva. Una persona que mire a las cosas y a las personas con unos ojos nuevos como, por ejemplo, los ojos con los que miraba al mundo el psicólogo rumano de origen judío, Jacob Levy Moreno, a comienzos del siglo pasado:

«Un encuentro de dos: ojo a ojo, cara a cara// Y cuando esté cerca arrancaré tus ojos// y los colocaré en el lugar de los míos// y tú arrancarás mis ojos// y los colocarás en el lugar de los tuyos// y entonces te miraré con tus ojos// y tú me mirarás con los míos».

# Referencias:

- Albert Camus, «Calígula», *Teatro* (4.ª ed.). Lo-sada, Buenos Aires 1957. (*Calígula*, 1945).
- Alfonso López Quintás, *La ética: o es transfiguración o no es nada*. BAC, Madrid 2014.
- — *La mirada profunda y el silencio de Dios*. UFV, Madrid 2019.
- Edmund Husserl, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Crítica, Barcelona 1991. (*Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, 1954).
- Gabriel Marcel, *Les hommes contre l'humain*. La Colombe, Paris 1951.
- Karl Jaspers, *Origen y meta de la historia*. Alianza, Madrid 1980. (*Vom Ursprung und Ziel der Geschichte*, 1949. Primera ed. cast. 1951).
- José Luis Cañas, *De las drogas a la esperanza, una filosofía de la rehumanización*. Ediciones San Pablo, Madrid 1996. (São Paulo 1998. Ciudad de Guatemala 2005).
- — *Antropología de las adicciones, educación, psicoterapia, rehumanización*. Dykinson, Madrid 2004. (Ciudad de Guatemala 2009, San José de Costa Rica 2013, Loja-Ecuador 2015, Madrid 2015, 2ª ed.).
- — “¿Es utópica la utopía de la rehumanización?”. En *Rev. Crítica*, 991-992 (2014) 33-37.
- — *Escuela de Rehumanización*. Fundación Costarricense para la Rehumanización, San José de Costa Rica 2014.
- — *El cajón de los sentimientos, un filósofo en una comunidad terapéutica*. Ediciones San Pablo, Madrid 2015.
- — *Ciencias de la persona, antropología personalista aplicada*. Dykinson, Madrid 2018. (Bogotá 2020).
- José Luis Cañas, Xosé Manuel Domínguez, y Juan Manuel Burgos (eds.), *Introducción a la Psicología Personalista*. Dykinson, Madrid 2013.

